

CONSTITUCIÓN DE UNA INSTANCIA IDENTITARIA EN «EL GRAFÓGRAFO» DE SALVADOR ELIZONDO

María Guadalupe SÁNCHEZ ROBLES
Universidad de Guadalajara

Palabras clave: relato, presencia del yo, escritura, identidad, jerarquía

Resumen: Este análisis del célebre relato «El grafógrafo», publicado en 1972 por el novelista mexicano Salvador Elizondo pretende ofrecer con sus resultados una propuesta de gramática textual. El acercamiento se divide en seis partes: 1) el texto, 2) los paratextos, 3) el corpus del relato, 4) correspondencias y convenciones, 5) el yo y 6) conclusiones. A partir de la segunda sección, se trata de establecer y describir las formas que organizan al texto en cada nivel: los programas de sentido en el título y la dedicatoria, que incluyen la manera en que se relacionan; las características propias del cuento en sí, la conexión del relato con otras formas literarias y las particularidades de la presencia de un yo que edifica una autoconfirmación densa y sólida y se convierte en un eje de sentido. Se verá cómo se produce una identidad de poder a través de la escritura y de su relación con una figura de jerarquía.

Mots clés : récit, présence du Moi, écriture, identité, hiérarchie

Résumé : « Constitution d'une instance identitaire dans « El grafógrafo » de Salvador Elizondo ». Les résultats de cette étude sur le célèbre récit « El grafógrafo », publié en 1972 par l'écrivain mexicain Salvador Elizondo, cherchent à proposer une grammaire textuelle. L'approche analytique se divise en six parties : 1)

le texte, 2) les paratextes, 3) le corps du récit, 4) correspondances et conventions, 5) le Moi et 6) conclusions. À partir de la deuxième section, on essaie d'établir et décrire les formes qu'organisent le texte à chaque niveau, c'est-à-dire : les programmes de sens dans le titre et la dédicace, qu'en plus sont reliés entre eux; les configurations propres du conte, comme la convergence du récit avec d'autres formes littéraires ; et les particularités du Sujet qui construit une confirmation dense et solide de soi-même, cela devient donc un axe de sens. Finalement, on verra comment se produit une identité de pouvoir à travers de l'écriture et de sa relation avec un figure de hiérarchie.

Keywords: story, the presence of self, writing, identity, hierarchy

Abstract: «Constitution of an identity instance in "El grafógrafo" by Salvador Elizondo». This analysis of the celebrated story "El grafógrafo" written by the Mexican novelist Salvador Elizondo, and published in 1972, proposes a text grammar of the story. The approach is in six parts: 1) the text 2) paratexts 3) the corpus of the story 4) correspondences and conventions 5) the self; and 6) conclusions. The second part describes the forms of text organization at each level: programs of meaning in the title and dedication, including the manner in which they are related; characteristics of the story proper, the connection of the story to other literary forms and the particularities of the presence of a self which reveals a dense and solid self-confirmation which becomes an axis of meaning. We observe the production of an identity of power by means of writing, and its relation to the figure of hierarchy.

Este acercamiento analítico a un conocido texto del autor mexicano Salvador Elizondo, se inscribe dentro de la oportunidad de reconocer con un merecido homenaje a la destacada investigadora francesa Annie Bussièrre. La reflexión acerca de la literatura, sus sistemas y sus implicaciones, siempre será de una trascendencia innegable, y por ello en este trabajo se pretende aportar mínimamente una consideración descriptiva y crítica sobre el material elegido. ¿Es «El grafógrafo» una reflexión sobre la escritura o es otra cosa? ¿Cuáles son los elementos que integran su gramática textual y cómo el texto

mismo los organiza? Nuestro objeto de estudio ha sido considerado por la crítica tradicional como un depósito de cuestiones exclusivas sobre la reflexión literaria, como una ejecución virtuosa un tanto excesiva, como un misterio irresoluble limitado a los creadores; sin embargo, propongo aquí una aproximación fundada en sus propias estructuras y funcionamientos. Dicha visión podrá estar limitada por varios factores contextuales, pero no por ello resultará menos precisa y rigurosa. He desplegado este ensayo en seis aspectos básicos: el texto en sí, los paratextos, el corpus o texto principal, algunas correspondencias y convenciones, el yo, y una lectura propuesta a modo de conclusiones. Con gran respeto y estimación, para la admirada profesora y amiga Annie Bussière.

1. EL TEXTO

Salvador Elizondo (1932-2006) es considerado un clásico de las letras mexicanas del siglo XX. El autor de la famosa novela *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965) publicó en 1972 el libro de relatos que toma el nombre de uno de ellos; el del texto que se transcribe a continuación:

El grafógrafo

A Octavio Paz

Escribo. Escribo que escribo. Mentalmente me veo escribir que escribo y también puedo verme ver que escribo. Me recuerdo escribiendo ya y también viéndome que escribía. Y me veo recordando que me veo escribir y me recuerdo viéndome recordar ue escribía y escribo viéndome escribir que recuerdo haberme visto escribir que me veía escribir que recordaba haberme visto escribir que escribía y que escribía que escribo que escribía. También puedo imagi-

narme escribiendo que ya había escrito que me imaginaría escribiendo que había escrito que me imaginaba escribiendo que me veo escribir que escribo (Zavala, 2010, 37).

2. LOS PARATEXTOS

Este ejercicio literario del notable escritor Salvador Elizondo presenta un par de paratextos: el título y una dedicatoria. Es pertinente acercarnos a ellos ya que, como paratextos, se desempeñan ofreciendo al lector una determinada programación cifrada del corpus principal; son pues, una parte importante de la generación de sentido, ya sea en el nivel superficial, o en el nivel profundo del escrito.

El título «El grafógrafo» ofrece una serie de significaciones particulares que no son de ningún modo gratuitas, sino que se van engarzando en la producción de sentido: en un primer momento resaltan lo masculino y lo singular, a continuación, encontramos una presencia de lo específico (se trata de *el* grafógrafo, no de *cualquier* grafógrafo o de *un* grafógrafo), lo cual proporciona a la vez una certera precisión y por lo tanto una definición (nuestro texto se trata de un elemento que es definido como tal por su actividad, el nombre lo explica); si seguimos esta línea de pensamiento, el título refiere a un oficio o a una profesión, a una actividad como mencioné antes («el que escribe que escribe»); encontramos una repetición, una reiteración («grafo» – «grafo»), la cual podría aportar una imagen especular, la presencia de un espejo sígnico (se utiliza la misma palabra, el mismo signo, como sistema autorreferencial); la reiteración genera una cafonía (repite casi las mismas sílabas); asimismo, otra significación convocada en el funcionamiento del paratexto sería la definición de un aparato o una máquina (como «sismógrafo» o «polígrafo»). Así pues, algo o alguien realiza una acción, la de escribir acerca de la escritura, y nuestro corpus versa sobre tal representación.

El segundo paratexto es la dedicatoria «*A Octavio Paz*». En cuanto a las significaciones que genera, se pone de relevancia por la letra cursiva, la cual implica preeminencia, lo diferente, un metalinguaje, un sentido especial, un énfasis; el sintagma «*A Octavio Paz*» se encuentra conformado por dos partes: la preposición «A» y el sintagma fijo «Octavio Paz». El primer elemento, este «A» tan particular, se desempeña en varias direcciones significativas: va delante del objeto o tendencia de la acción, va delante de la persona que recibe la acción, une adjuntos, denota qué relación existe entre los elementos unidos, produce una especie de direccionalidad, es decir, señala el objetivo de aquello que lo antecede. Los dos paratextos pueden organizar una interacción sígnica. El primero produce un programa de generación de sentido y por lo tanto de lectura, y además el segundo complementa: *este* paratexto es el objetivo de aquel *otro*. El segundo paratexto interactúa con el corpus como tal: es una figura, es otro personaje dentro del texto. Este segundo paratexto, este sintagma fijo, esta suerte de «lugar común», formado por «Octavio» y «Paz» evidentemente no puede ser considerado en términos ingenuos; si hacemos una recolección de los significados que puede convocar, nos encontramos con: «masculino», «singular», «escritor», «poeta» «poeta laureado», «referencia literaria», «premio Nobel», «figura de autoridad», «poder», «tradición literaria», «*statu quo*», «jerarquía». Como mencioné arriba, este paratexto es una figura referencial, un personaje. Esas dos palabras, nombre y apellido, dan lugar a una conformación semiótica; no es de ningún modo el hombre de carne y hueso, el ser biológico real, sino la información aglomerada lingüística y culturalmente en un ámbito particular de enunciación. En este caso, el espacio cultural y literario mexicano contemporáneo, que abarca parte del siglo XX y lo que va del siglo XXI. El título y el texto en sí constituyen un algo dirigido a un alguien (un alguien que tiene un nombre muy específico y cargado

de resonancias jerárquicas). En conjunto, la «simbiosis» llevada a cabo entre los dos elementos, preposición y sintagma fijo referencial y la correlación de ellos con el primer paratexto (el título) da lugar a un funcionamiento en particular; la dedicatoria hace ver al título (y por extensión al corpus) como una *ofrenda* dirigida al personaje de «Octavio Paz». Lo más importante hasta aquí sería la calidad del objetivo, el nivel de diferencia, superioridad, importancia y jerarquía que mantiene el personaje. Y por supuesto, la mención continua y reforzada de la escritura, de lo literario: «este escrito es para un escritor».

3. EL CORPUS

Al abordar el núcleo literario de nuestro material, cabe enfatizar que el texto en sí de «El grafógrafo» consta de un solo párrafo, con seis oraciones, seis momentos concretos marcados por seis puntos. Cada uno de estos momentos manifiesta una determinada autonomía temática y funcional: cada oración se encuentra organizada por un verbo conjugado y por la mención de una actividad, a veces implícita, a veces reiterada: encontramos que en la primera oración reside en «escribir»; la segunda también se asienta en «escribir», pero repetida; la tercera oración se basa en «ver» («mentalmente»); la cuarta oración estará regida sobre todo por el verbo «recordar»; la quinta reitera el verbo «ver» y la sexta y última oración se arma por el verbo «imaginar».

Así, tenemos esta línea de continuidad enunciativa, en términos de las acciones principales de nuestro texto:

<Escribir – Escribir – Ver - Recordar – Ver – Imaginar>

Podemos reducir estos registros a cuatro verbos fundamentales: *escribir*, *recordar*, *ver* *imaginar* (producir una imagen mental o hipotética).

Cada uno de estos verbos preponderantes da cuenta de una implicación de cada actividad. El verbo substancial será, evidentemente, *escribir*; esta palabra involucra significados que van del «registrar», pasando por «comunicar», «conocer», al «crear». En este caso, ponemos de relieve el sentido que incluye lo literario por las marcas que señalan su presencia («escribir» en el alcance artístico o estético). Otros dos verbos se relacionan entre sí, puesto que mantienen una puesta en común con el objeto de su acción (*lo* que se ve y *lo* que se recuerda). «Ver» contiene significados como «constatar», «percibir», «darse cuenta», «dar lugar a». El verbo «Recordar» produce significaciones del tipo de «traer a cuenta», «rememorar», «evocar», «retener», «conservar», «repassar», «tener presente», «mantener». «Imaginar», por su parte, daría lugar a significados como «suponer» o «conjeturar».

Podemos abstraer el desempeño más profundo de estos verbos primordiales; resultan muy relevantes estas menciones de acciones determinadas, ya que cada una de ellas se puede asociar a un comportamiento específico: la acción primera, escribir (*crear*) y otras dos acciones complementarias pero que no se encuentran necesariamente jerarquizadas entre sí, ver (*constatar* lo real), recordar (*preservar*), y lo imaginario (*conjeturar*).

Las seis oraciones que conforman «El grafógrafo» mantienen además una unidad eficaz por cuanto toca al tiempo de lo enunciado. El *yo* que habla en el texto (desde un presente) hace que se destaquen tres tiempos de lo que se enuncia: en las tres primeras oraciones predomina el presente («escribo»), mientras que en la cuarta y en la quinta lo que predomina es el pasado (por la referencia al «recuerdo»), ya en la sexta oración se detalla la posibilidad de un tiempo hipotético, subjuntivo («puedo imaginarme», «me imagina-

ría»). Entonces, presente, pasado y un tiempo posible o supuesto (lo que se enuncia) se conectan con los verbos predominantes. El presente se liga con el crear, el pasado con el preservar, y el hecho de constatar se une a un tiempo, que a la vez se ocupa de lo real y de lo hipotético. De manera curiosa, el verbo «ver» se encuentra conectado a todos los tres verbos anteriores y afecta al presente, al pasado y al tiempo hipotético.

A continuación procedo a presentar un dispositivo que desmonta nuestro corpus con el propósito de ocuparme características y elementos tan relevantes como las conjugaciones verbales, conjunciones, pronombres y adverbios. Separaré y numeraré oración por oración para clarificar sus elementos y sus comportamientos.

Oraciones

- 1) Escribo.
- 2) Escribo / que escribo.
- 3) Mentalmente me veo escribir / que escribo / y también puedo verme ver / que escribo.
- 4) Me recuerdo escribiendo ya / y también viéndome / que escribía.
- 5) Y me veo recordando / que me veo escribir / y me recuerdo viéndome recordar / que
- 6) escribía / y escribo viéndome escribir / que recuerdo haberme visto escribir / que me veía escribir / que recordaba haberme visto escribir / que escribía / y / que escribía / que escribo / que escribía.
- 7) También puedo imaginarme escribiendo / que ya había escrito / que me imaginaría escribiendo / que había escrito / que me imaginaba escribiendo / que me veo escribir / que escribo.

Las conjugaciones

- 1) Presente de indicativo
- 2) Presente de indicativo / Presente de indicativo.
- 3) Presente de indicativo – infinitivo / Presente de indicativo – infinitivo.
- 4) Presente de indicativo – gerundio / Presente de indicativo – gerundio / Pretérito imperfecto.
- 5) Presente de indicativo – gerundio / Presente de indicativo – infinitivo / Presente de indicativo – gerundio – infinitivo / Pretérito imperfecto / Presente de indicativo – gerundio – infinitivo / Presente de indicativo – Infinitivo compuesto - Infinitivo / Pretérito imperfecto – Infinitivo / Pretérito imperfecto – Infinitivo compuesto – infinitivo / Pretérito imperfecto / Pretérito imperfecto / Presente de indicativo / Pretérito imperfecto
- 6) Presente de indicativo – Infinitivo – Gerundio / Pretérito pluscuamperfecto / Condicional – gerundio / Pretérito pluscuamperfecto / Pretérito imperfecto – gerundio / Presente de indicativo – infinitivo / Presente de indicativo.

Una vez que hemos puesto atención a las tablas anteriores y si nos acercamos con minuciosidad a ellas, encontramos unos comportamientos constantes en todo este despliegue verbal. Podemos afirmar que este complejo aparato de conjugaciones se encuentra sostenido por cuatro pautas básicas: el uso del presente de indicativo, el infinitivo, el pretérito imperfecto y el pretérito pluscuamperfecto. El tiempo rector de nuestro texto es el presente; existe una continuidad de las acciones, incluso en las conjugaciones que corresponden al pasado («escribía», «me imaginaba escribiendo», etc.); las únicas ocasiones en las que la acción parece estar terminada corresponderían a los registros del participio, «haberme visto», «había escrito». Así pues,

se enuncia desde el presente, y la acción continúa, no se finaliza, se sigue llevando a cabo. Cada oración, por su parte, pone de relieve un tiempo y un asunto. Las tres primeras se ocupan sobre el presente y enuncian desde un presente; las dos siguientes, desde el presente, reconstruyen el pasado, el recuerdo, una memoria que reitera una y otra vez, la acción que no concluye. La última oración se centra ya en un tiempo de especulación, el tiempo de lo imaginado, de lo condicional, pero con la posibilidad de que ese tiempo sí posea cierta calidad de lo finalizado («que había escrito»), aunque no deja de señalar que en la enunciación hipotética se sigue llevando a cabo la acción capital de escribir.

Las conjunciones *Y* – *Que*. Como puede verificarse en la tabla anterior en la que he desmontado las partes de nuestro texto, destaca la presencia y desempeño de dos conjunciones («y», «que»). Cada una de ellas compone un proceso de significación particular. En el primer caso («y») se trata de una conjugación copulativa; acopla en una sola unidad funcional dos o más elementos homogéneos e indica su adición a un bloque. Este signo posee una especie de valor acumulador e intensificador. La segunda («que») es también una conjunción copulativa –subordinante–; suele usarse en oraciones con complemento directo; subordina y deriva una acción o un objeto a la acción del verbo principal. Igualmente posee valores que acumulan e intensifican el sentido. Unir y derivar, acumular e intensificar, serían los desempeños significativos de estas dos partículas gramaticales en nuestro texto.

El pronombre personal «me», como sobresale en la transcripción y en el desmontaje de nuestro corpus, se halla presente en las seis oraciones del párrafo único, en dieciséis ocasiones. Este pronombre indica que la acción se realiza para el sujeto mismo, que la vuelve sobre sí. Tal reflejo, aquí señalado de manera tan insistente por la propia enunciación, puede evocar un círculo cerrado, un ciclo; el yo

causante es el blanco mismo, el receptor de los actos. Esta partícula gramatical se articula con los verbos ver, recordar e imaginar («me veo», «puedo verme», «me recuerdo», «imaginarme», «me imaginaría»). Sin embargo, curiosamente este pronombre reflexivo personal nunca se ve relacionado de manera directa con el verbo escribir; nunca el yo enunciativo se «escribe» a sí mismo.

Por cuanto corresponde a los adverbios, aparecen en nuestro material dos de ellos («ya», «también») reiterados una vez cada uno y una forma adverbial («mentalmente»). Los adverbios «también» y «ya» implican afirmación, pluralidad e inclusión, el primero; y tiempo y consecución o término, el segundo. Los adverbios expresan bajo qué condiciones se realiza la acción, cómo es que ella se lleva a cabo. Los registros de estos adverbios («Me recuerdo escribiendo ya y también viéndome que escribía», «También puedo imaginarme», «Que ya había escrito», «Mentalmente me veo») dan lugar a un proceso de reiteración y confirmación. Se nos proporcionan en este proceso, los sentidos de que se afirma y se incluye algo («también»); y además, la existencia del tiempo y de que algo se consuma, se logra («ya»). Además, que el ámbito de la imaginación es muy relevante, tanto como el de lo real –desde donde la voz que enuncia conjuga los verbos y hace uso de los adverbios-. Las condiciones bajo las cuales la acción se lleva a cabo abarcan, pues, los sentidos de lo que se suma o incluye y lo que se consigue o logra.

4. CORRESPONDENCIAS Y CONVENCIONES

¿Qué clase de texto es «El grafógrafo» de Salvador Elizondo? ¿Qué características ofrece, además de las ya comentadas líneas arriba? ¿A qué clase de sistema puede pertenecer, si es el caso? ¿Qué eficacia práctica plasma en una red literaria?

Como veremos a continuación, «El grafógrafo» puede situarse, por sus coincidencias narratológicas y genéricas, en más de una pertenencia específica dentro del medio literario; pero sobre todo, lo podremos ubicar en un par de definiciones específicas: el cuento y el ejercicio de estilo.

Si atendemos a los elementos que se señalan como criterios primordiales para definir y entender el cuento (Zavala, 2006, 26-31), obtenemos que todo cuento es en sí un relato; esto es, un discurso que presenta una sucesión de eventos de interés humano y que mantiene una unidad de acción. Nuestro texto muestra una cadena de sucesos establecida por los verbos (si bien limitada y muy definida: enunciar, escribir, ver, recordar, imaginar); el interés humano que se manifiesta sería el de la importancia del acto de escribir en términos del acto en sí, pero muy en relación con lo literario, esto es, escribir como arte; la unidad de acción buscada la proporciona la mención continua del mismo acto de escribir (todo aquí versa sobre la realización de escribir y su constatación).

Otro de los elementos característicos del cuento, como estructura literaria y como referencia cultural, es el narrador. En este caso, el yo-enunciador que expresa el relato, es el narrador y al mismo tiempo el objeto de lo narrado, en un funcionamiento reflexivo, especular. El yo articula lo narrado y el yo es considerado protagonista del relato («me veo»). La narración consiste en enumerar las series de acciones pertinentes para conformar una o varias secuencias; además, la narración en este caso particular privilegia una estrategia representativa: el monólogo. La voz del yo que enuncia parece dirigirse a sí misma, o a la figura que se encuentra situada en el segundo paratexto, ese «Octavio Paz» que parece funcionar como otro personaje. Si hablamos de otras estrategias del relato, la descripción como tal es mínima y se circunscribe a los adverbios; en cuanto al diálogo, podemos afirmar que no existe como tal aquí.

La forma única y preponderante es la prosa. Un solo bloque de seis oraciones afirmativas que definen una serie de momentos resueltos por lo que se hace, por las acciones que el yo-enunciador-protagonista realiza.

La relación expuesta en «El grafógrafo» es de hechos reales, no se trata de hechos fantásticos o relacionados con los mitos ni lo mágico. El acto ficcional del lenguaje con el que se nos pone en contacto, funciona como el desarrollo de una sucesión de acciones interrelacionadas (lógica y temporalmente); un yo *habla* –cuenta, narra- lo que hace (escribir, ver, recordar, imaginar) desde un presente y sobre una variedad de temporalidades (el presente mismo, un pasado y un tiempo especulativo), la lógica narrativa imperante sería la de cómo, a través del lenguaje y del acto de escribir, el yo puede alcanzar una reiteración de sí mismo en el tiempo y en las acciones. El yo ficcional emisor parte de una situación inicial (el primer «escribo») para arribar a una circunstancia de transformación («También puedo imaginarme escribiendo que ya había escrito que me imaginaría escribiendo que había escrito que me imaginaba escribiendo que me veo escribir que escribo»), la cual es totalmente colocada en lo especulativo (verbos condicionales, el verbo «imaginar»).

La intriga del texto es poco elaborada (un narrador protagonista enuncia su quehacer y su condición); «El grafógrafo» contiene pocos personajes esquemáticos; el narrador-protagonista, de quien no conocemos mucha información, salvo su actividad y la repetida mención de la misma y las acciones que hace, siempre conectadas a aquélla, y el sintagma fijo «Octavio Paz», que es un «alguien» a quien el corpus del texto se ofrece, a quien el texto se «dirige». La unidad de tema se construye, de manera evidente, sobre el acto de escribir y su correlación con los otros verbos existentes (ver, recordar e imaginar). La estructura resulta episódica, ya que cada oración podría funcionar como una secuencia en sí; es decir, cada

oración es en sí misma un momento autónomo de acción, varían los tiempos y varían los elementos relevantes sobre los cuales cada una de ellas pone el interés. Se genera y se mantiene, además, un solo efecto global de sentido: el escribir como un hecho y un acto muy importante, que se produce y se contiene a sí mismo. Tenemos pues, en este texto, una historia; una relación de sucesos organizados con una lógica y una temporalidad precisas.

Este texto de Salvador Elizondo, bajo las premisas y criterios que arriba hemos considerado, se ajusta a la definición de cuento, ya que posee las características necesarias para tal efecto. Si bien, sus propias formas dificultan el poder situarlo más claramente en tal posición. Es un documento narrativo, es un relato, es un cuento.

Por cuanto toca a la definición de «ejercicio de estilo» y la pertenencia de nuestro objeto de análisis a esta categoría, me refiero a la manifestación de un funcionamiento tradicional dentro de la convención literaria. Nuestro objeto es un producto narrativo, un cuento, pero a la vez se trata de una práctica, de un *hacer*; simultáneamente, es acto y resultado de ese acto. Un «ejercicio de estilo» parte de cierto condicionamiento textual y se despliega como una considerable muestra de capacidad técnica y una exhibición de poder (y por lo tanto, de una jerarquía).

Un ejercicio de estilo es una demostración pragmática que supera las condicionantes que le dan origen. Los límites con los cuales se restringe y al mismo tiempo se genera nuestro cuento residen en el tema («escribir») y en la selección de los verbos con los cuales se establecen las acciones y por lo tanto su propia narrativa (escribir, ver, recordar, imaginar). La restricción se vuelve motivo generador y manifiesto, motor y movimiento. El texto afirma, explica, y de igual manera, expande la autoconcepción de sí mismo y del acto de escribir. Estamos ante la existencia de una funcionalidad metaliteraria (el lenguaje habla de sí mismo, «el que escribe sobre escribir»):

reflexión autocontenida. La autorreferencialidad expresa y consciente de los elementos textuales se centra en nuestro caso, en la acción y en el protagonista (narrador que se narra a sí mismo).

5. EL YO

Una de las presencias más relevantes en nuestro texto, por su funcionalidad y por su reiteración continua, es el registro del yo. El yo se manifiesta en varios estratos y de varias maneras. Es tal la importancia de este elemento por el proceso de reincidencia identificado arriba, que decanta su disposición para constituir casi en sí misma un eje de sentido.

En un desenvolvimiento especular y autorrefente, el yo enuncia y actúa a la vez; es el operador del discurso y el protagonista de lo enunciado. Funciona como narrador (autodiegético) y como asunto del cual se ocupa la narración. La escritura equivale al yo, es el qué de la escritura misma; el objetivo, de lo que se habla. Lo más importante parece ser el acto de escribir; sin embargo, la manifestación del yo hiper-presente relega a la escritura misma. Se escribe, sí, y es muy importante, pero el yo escribe para confirmarse continuamente. Lo más importante es el yo.

El yo escribe, ve, recuerda, imagina. Realiza la acción verbal, establece un conglomerado de acciones, del cual él mismo es el objeto o recipiente. Enunciándose, el yo se ve a sí mismo, se recuerda a sí mismo, se imagina a sí mismo. Sin embargo, el acto de *escribir* nunca es inmediato; el verbo escribir se une al yo sólo filtrado por los otros verbos, nunca se pone en contacto consigo mismo (el yo escribe, pero no «se escribe» directamente a sí mismo, siempre es mediatizado por los otros verbos).

Este juego de reflexión del yo único, puede producir que esta partícula se establezca como un yo aislado, un yo encerrado; un

enunciador que se enuncia a sí mismo y sus acciones, y eso da lugar a un circuito constitutivo autosuficiente. El yo relacionado con la acción devela lo anterior: los verbos básicos y exclusivos -escribir, ver, recordar, imaginar- tienen como origen al narrador-protagonista, y lo mantienen también como fin u objetivo. Recordar e imaginar se sitúan en la esfera de lo mental, mientras escribir y ver se situarían en la esfera de lo físico y de lo «exterior». Salvo la primera mención al acto de escribir, todas las demás alusiones a este verbo son dispuestas y contenidas «dentro» del propio verbo escribir.

El yo en relación consigo mismo edifica una autoconfirmación densa y sólida; no sólo resulta autorreferencial, como ya he mencionado más de una vez, sino que también concentra una constante réplica en la cual los verbos son cardinales:

Me veo escribir – puedo verme ver – me recuerdo escribiendo – me recuerdo viéndome – me veo recordando – me veo escribir – me recuerdo viéndome recordar – escribo viéndome escribir – recuerdo haberme visto escribir – me veía escribir – recordaba haberme visto escribir – puedo imaginarme escribiendo – me imaginaría escribiendo – me imaginaba escribiendo – me veo escribir.

También es esencial el hecho de que el objetivo de la acción de los verbos y del yo no es otro que el mismo yo (el yo registra, simplemente, y por medio de este registro, se constata, se conserva y se conjetura). Con el «pretexto» del escribir, el texto lleva a cabo una serie de combinaciones verbales casi tautológicas («me constato registrar», «me conservo escribiendo», «me conjeturaba escribiendo», «conservo haberme constatado escribir», etc.). El yo procede a reiterarse tratando de abarcar la mayor cantidad posible de tiempos y conjugaciones (presente, pasado, condicional); y las

acciones que considera las más trascendentales para constituirse a sí mismo: escribir, constatar, conservarse y conjeturarse. A través de la escritura el yo ejerce sus capacidades, sus prioridades. Así pues, el yo abarca acción y tiempo, nada más. No hay lugar o espacio en este relato, sólo existe la acción y el tiempo en correspondencia con el yo. Acción y temporalidad bastan para dar lugar al microuniverso y a la auto-identificación del yo.

Esta figura tan concentrada del yo mantiene una relación con los paratextos (título y dedicatoria) citados al principio de este trabajo. La primera relación refuerza la consistencia del propio yo, al menos en dos aspectos; uno en que el título denomina, define, con un par de palabras al protagonista del corpus («El grafógrafo»), del cual se habla, de quien se trata el texto que se leerá a continuación; y dos, que el propio título es enunciado por un yo no reconocido, pero yo al fin. El yo es, pues, considerado a partir de su actividad, de lo que hace; este yo se autorreconoce por el hecho de enunciar su acción. El grafógrafo del título es el yo del texto principal. La segunda relación es la establecida por el yo con un alguien, con un él, que identificamos con el sintagma «Octavio Paz»; al interactuar este mismo sintagma con título y corpus textual, se torna en una especie de personaje, puesto que la carga semiótica del ámbito literario mexicano presente en esas dos palabras conjuntas, lo identifican de modo ineludible. Así pues, contamos con una tríada signica:

Título – dedicatoria – texto
 Yo (enunciador) – «Octavio Paz» («personaje») –
 texto (enunciación)
 Un yo - Un él, un quién («Octavio Paz») – Un qué («yo»)

Como puede apreciarse, el yo se desdobra en el enunciador y en lo enunciado, mientras que el personaje «Octavio Paz» es hacia

quien se dirige tanto el objeto de la acción como la acción misma. Si traemos a cuenta la partícula «a» de la dedicatoria confirmamos este funcionamiento (se le ofrece el texto mismo, pero también la edificación del yo hiperpresente).

6. CONCLUSIONES

En este momento analítico, podemos ya recapitular nuestro acercamiento al relato «El grafógrafo» de Salvador Elizondo. Es un escrito que versa sobre la escritura para un escritor, trata sobre el escribir acerca de escribir. La metatextualidad se manifiesta, pero como veremos a continuación, no será necesariamente el fin último —desde nuestra consideración y con base en lo expuesto líneas arriba— de nuestro texto. Si bien es un gran ejemplo de lo que se denomina metaliteratura (Camarero Arribas, 457), encontramos que a través de todos sus sistemas y procesos, los cuales no cesan de unir, acumular e intensificar los signos involucrados, existe una pertinencia de sentido que no difiere de la sola reflexión sobre la escritura o lo literario.

Las acciones realizadas por la importantísima presencia del yo consisten en registrar, constatar, conservar y conjeturar; ¿qué se registra, constata, conserva y conjetura? El mismo yo enunciador. Tales acciones se llevan a cabo en tres tiempos principales: presente – pasado – subjuntivo hipotético, todos bajo la pauta básica de cuatro conjugaciones: presente de indicativo, infinitivo, pretérito imperfecto y pretérito pluscuamperfecto. La acción de este yo se caracteriza por ser una acción continua, no terminada. La enunciación verbal de nuestro yo protagonista abarca la mayor posibilidad de tiempos que el propio texto «considera» importantes. Sin embargo, encontramos un proceder curioso: en este mínimo y compacto universo narrativo, existen el tiempo y la acción, pero no el espacio. Existe una noción

tácita del mismo (extrapolada por «escribir», «ver»), más no una mención explícita y abundante, como se dan tiempo y acción; el mismo relato no la considera por lo tanto superlativa.

La acción que sí es contemplada como substancial es la de reiterar. Este proceso de repetir un signo, de acumular elementos o de hacer una autorreferencia continua, sirve para acumular, para reflejar y para intensificar el sistema; en este caso, al yo enunciador que narra y organiza. El acto realizado por el yo (el complejo juego textual del relato, con todas las facetas que hemos descrito), más que comentar el profundo asunto de la escritura artística, lo que hace es definir; y ¿qué es lo que se dedica a definir? Se define a sí mismo. La instancia narrativa (Cros, 264) proyecta un sistema en el cual hacer equivale a ser. El yo, por medio de la acción enunciativa, se afirma: «enuncio lo que hago y soy lo que hago». De esta manera se constituye el yo. En un ciclo cerrado se produce una entidad, sus acciones y su reflejo; los verbos que generan las acciones relacionadas con registrar, constatar, conservar, conjeturar, funcionan como la base de una afirmación que constituye casi una identidad.

Ante una figura de poder se realiza un ejercicio de capacidad técnica, de poder para afirmar al yo. Para enfrentar una figura superlativa de autoridad, poder y jerarquía (Octavio Paz), el yo enunciador hace un sólido énfasis en su propia preeminencia, en su propio ser, el cual consta de su reiteración y de su acción. «El grafógrafo» es una «ofrenda», pero simultáneamente expone y desarrolla un reconocimiento explícito del ser y del poder, no evidente, del yo que lo articula; nuestro texto es una historia que posee un narrador, que es a la vez lo narrado. Resulta ser un monólogo que sentencia: «yo enuncio lo que yo hago con la enunciación»; es un ejercicio de estilo, el cual efectúa una notable exhibición de capacidad. Es por medio de esta búsqueda sobre la escritura como acto, que la enunciación procede a construirse una instancia identitaria;

no una identidad tal cual, pero sí una transformación de la faceta articuladora en algo parecido (la acción convertida en referencia de identidad). Para afrontar a esa figura que sí tiene un nombre y una carga semiótica muy consistente, el yo se autogenera en términos de capacidad, reiteración, tiempo, afirmación e intensidad.

«El grafógrafo» de Salvador Elizondo es la ofrenda de una instancia autoconstruida a partir de un poder (la escritura) a una entidad de poder y jerarquía. Más que el intento de confirmar esa jerarquía, lo es de igualar esa jerarquía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMARERO ARRIBAS, Jesús (2003), «Las estructuras formales de la metaliteratura» en *El texto como encrucijada: Estudios Franceses y Francófonos Vol. 1*, La Rioja: Universidad de La Rioja.
- CROS, Edmond (2009), *La sociocrítica*, Madrid: Arco Libros.
- ZAVALA, Lauro (2006), «Un modelo para el estudio del cuento», en *Casa del Tiempo*, 90-91, México: UAM.
- (2010), *Teorías del cuento IV. Cuentos sobre el cuento*, México: UNAM.